

# Su primer Amor

P O R N O L O



¿Puede ser aún mortal la enfermedad de amor? ¿En pleno siglo XX? ¿Cuándo creyó Margot que Luis, su Luis... y qué pasaba en el corazón de Nolo?

AQUELLA tarde, como de costumbre, fuiste con Luci y Rosa Mari al salón de té. Allí se acercaron Rodrigo y Mario, los novios de tus amiguitas. En coloquios íntimos, ambas parejitas rendían pleitesía al amor triunfante. Entretanto, tu corazón de mujer revoloteaba en aquel tenue ambiente. Tus límpidas pupilas se posaban inquietas en las múltiples parejas diseminadas por todos los ámbitos del salón. Y entre sueños, añoranzas y sorbos de té galopaban las horas del anochecer. Una vez más, entre sorbo y sorbo, mientras tu impecable dentadura de marfil aprisionaba un pastelillo, pensaste en la inquietante soledad de tus diecinueve abríles. Nadie, al parecer, había reparado en la sutil belleza de tu rostro ni de tu cuerpecito de mujer joven. Nadie se detuvo a sondear en las reconditeces de tu alma ingente. Sin embargo...

Tus dedos, ágiles y nerviosos, abrieron la cartera. Con el pretexto, muy femenino; de aprisionar un rizo rebelde, contemplaste en el diminuto espejo la soberana belleza de tu rostro. Te encontraste bella. Muy bella. Tus ojos, grandes y oscuros, brillaron límpidos y serenos. Y la herida fresca y sangrante de tu boca se dilató en amplia sonrisa de púrpura y marfil...

Inopinadamente sentiste una sensación extraña. Te pareció sentir el peso de unas pupilas sobre tu epidermis. Cerraste la cartera y extendiste la mirada, inquisitiva, por el salón. En una mesita situada a pocos metros de la tuya estaba solo, completamente solo, un joven oficial. Entre volutas de humo te contemplaba con fijeza. Rápidamente desviaste los ojos. Tus dedos enlazaron la tacita de té y, al elevarla, tus ojos encontraron nuevamente los suyos, escrutadores. No estabas segura, pero, al parecer, viste iluminarse aquel rostro moreno, curtido por las inclemencias de la guerra, en una leve sonrisa. Eludiste otra vez las pupilas; pero ahora llevabas grabada en la retina su figura. Viste, sin mirarle, la piel morena de su cara, tan morena, que parecía fundida en bronce. Viste la expresión viril de su rostro, que suavizó aquella fugaz sonrisa, iluminada por el destello de los ojos acera-dos. Viste el impoluto blancor de la dentadura, blancor que resaltaba el contraste de la piel morena y el negro de ébano de su cabello. Inconscientemente, como impulsada por una fuerza extraña, volvieron tus ojos a él y otra vez quedaste arropada en los suyos. Parpadearon tus pupilas. Sentiste que el corazón, en rápidos y fuertes latidos, taladraba tu pecho de cristal. Un ligero rubor te encendió la cara. Y nuevamente elevaste la taza de té a la altura de tus labios. Y bebiste, bebiste sin darte cuenta de que estaba frío.

Rosa Mari habíase percatado de las miradas insistentes del oficial solitario. Y había comprendido. Por eso, acercando su cara a la tuya y en voz confidencial, te dijo:

—El teniente provisional no te quita los ojos. Es guapito y elegante, ¿verdad, Margot?

—¿Quién? — fingiste con acento que desmentía a tus palabras. Y haciendo que lo veas por primera vez:

—¡Ah, sí! No está mal. No me había dado cuenta...

Rosa Mari, comprensiva, te miró profundamente a los ojos:

Pero  
ahora  
llevabas  
grabada  
en  
la  
retina  
su  
figura.  
Viste,  
sin  
mirarle,  
la  
piel  
morena...